

La tragedia de Nicaragua de 1856- 1925

Continuación

El Partido Liberal, posesionado legalmente del Gobierno, consideró conveniente mandar emisarios al general Sandino para un cese del fuego y discutir la paz. Muchos liberales de buena voluntad exigían que se buscara la manera de terminar con aquella lucha ya innecesaria. Se logró iniciar conversaciones que, al principio, Sandino aceptó; y cuando ya nos imaginábamos que se aproximaba un acuerdo satisfactorio, las esperanzas se vinieron al suelo porque Sandino rehusó entenderse con el Presidente Moncada, expresando que únicamente lo haría cuando los marinos se hubieran ido totalmente de Nicaragua. Esa terquedad de Sandino comenzó a restarle simpatía en el Partido Liberal, y aun en los sectores de oposición al Gobierno. Si bien es verdad que la mayoría de los nicaragüenses veíamos con repugnancia y hostilidad la presencia de fuerza extranjera en nuestro territorio, y deseábamos su pronta evacuación, en cambio teníamos que reconocer que había muchos asuntos que discutir y arreglar con el Poder Interventor antes de gozar plenamente de la libertad, y que esos asuntos requerían prudencia y tiempo, por andar envueltos en un laberinto financiero. Resultaba, pues, incómodo y obstaculizador que Sandino rehusara cooperar en esa difícil tarea. Empero, no fue posible convencerle, y las Segovias siguieron víctimas de aquel infierno que producía lágrimas, muerte y desolación.

Tenemos nuestras sospechas de que Sandino malquería al Presidente Moncada. Tal vez permanecía hondamente herido en su amor propio por el frío recibimiento y la negativa que le hiciera en Río Grande, y no deseaba proporcionarle el honor de pacificar las Segovias. Surge esa sospecha al observar que Sandino, con la llegada del Doctor Juan Bautista Sacasa a la Jefatura del Estado, se apresó a entrar en arreglos con el nuevo Presidente para deponer las armas y proceder a la pacificación. Se iniciaron las plá-

ticas entre los comisionados del Presidente Sacasa y los representantes del General Sandino y, poco tiempo después, Sandino llegó a Managua para conversar personalmente con el Presidente.

Detrás de Sandino se movía un pequeño grupo de aspirantes a la Presidencia de la República, que pretendían utilizar al guerrillero como instrumento para satisfacer sus apetitos políticos, y le empujaban a exigir concesiones que le situaran en posición estratégica para cuando se llegara el período electoral. El más astuto era el Doctor Pedro José Zepeda que, indiscutiblemente, era el más pujante mentor. El General Sandino, que de triquiñuelas políticas nada sabía, no tenía olfato para descubrirlas, ni la cabeza le daba para darse cuenta de cómo acostumbran a maniobrar nuestros resbaladizos politiqueros de pobres campanarios y, envanecido por el aplauso y el halago, se dejó arrastrar por las sugerencias de aquellos "amigos" a quienes él consideraba de mejor preparación intelectual, que fueron los que en realidad de verdad, le condujeron a su destrucción y a la tumba. En las pláticas con el Presidente Sacasa, pidió la administración civil y militar de los cuatro principales Departamentos del Norte, que le fue otorgada con la característica sonrisa del Presidente. Aquel convenio, realmente descabellado, engendró, inmediatamente, la desconfianza y la preocupación de todo el país. ¿Cómo se iba a permitir que aquella turba de bandoleros, analfabetos, asesinos, incendiarios, sin Dios y sin ley, ejercieran completa auteridad en cuatro provincias importantes, estableciendo un gobierno dentro del otro Gobierno, y un ejército dentro del otro Ejército? Era una barbaridad que nos podía conducir, poco a poco, a una anarquía que provocaría una guerra civil peor que la anterior y de la que acábamos de salir. ¿Qué le pasaba al Presidente Sacasa y a sus "ilustres" consejeros de Gobierno, que con aquella insensatez estaban precipitando a la República a la confusión y al caos? ¿Cómo se imaginaban que podrían ser saludables a la nación aquellas disposiciones disparatadas y torpes? No sabemos los pensamientos que bullían en la mente del Presidente Sacasa, pero todo indica que no debe haber estado en su sano juicio el gobernante, aprobando y autorizando una medida de tan graves alcances.

Se alarmó el país. Pero más se alarmó la Guardia Nacional, que vio que se le multiplicaría la seria responsabilidad de

conservar la paz y la tranquilidad de la República. Estudió detenidamente el magno problema que se le presentaba y decidió actuar drásticamente. Para grandes males, grandes remedios, y los hombres de acción no vacilan ante el peligro. Y una noche que el General Sandino y sus íntimos lugartenientes regresaban de Casa Presidencial, fueron detenidos frente a los torreones del Campo de Marte, conducidos a un lugar señalado de antemano y pasados por las armas. Así terminaron las andanzas del temible guerrillero, que no supo desembarazarse a tiempo de los ambiciosos que procuraban utilizarlo de escalera. Si Sandino hubiera tenido siquiera un moderado talento, otra hubiera sido su suerte. Si terminada la guerra, se retira a un país latinoamericano, como México o la Argentina, se hace escribir un libro sobre sus combates contar la ocupación extranjera en su Patria, describiendo sus desvelos, sus sacrificios y sus esperanzas de nicaragüense bien intencionado; se prepara con buenos profesores y regresa a Nicaragua convertido en un hombre eminentemente civil y de buena fe, es probable que sus conciudadanos no le hubieran negado la oportunidad de escalar la máxima jerarquía de la nación; porque al principio, se le tenía en gran estima y se le agradecía su actitud patriótica; empero, después perdió toda simpatía y se hundió en las oscuras cavernas de las más necias e intolerables telarañas políticas.



General Augusto César Sandino

En estos apuntes nos ha interesado señalar la importante participación del General Sandino incomodando seriamente al Gobierno de facto con la guerra de guerrillas que estableció en las montañas segovianas, aporte que no puede ignorarse en el triunfo de la causa constitucionalista, que llevó al Partido Liberal al ejercicio del Gobierno. Sin embargo, hay algo más, que nos parece de superior valor en lo moral y psicológico, y que no debemos de pasar inadvertido en la vida del General Augusto César Sandino, y es que logró quitar del alma nicaragüense -y en un

elevado porcentaje- ese lamentable y maldito "complejo de inferioridad" que antes prevalecía respecto a los extranjeros.

En Nicaragua todavía existe -para desventura y vergüenza nuestra- un número visible de gentes que, a manera de musulmanes cuando se trata de Alá al ver a un individuo de cabellos rubios, ojos azules y con nombre que no es castellano, se postran de rodillas y, con las manos en el suelo, hacen constantes acatamientos de adoración. Se imaginan que están obligados a la servidumbre y a la abyección ante los que llegan de otras naciones; de ahí que los extranjeros, en su mayor parte (porque los hay muy decentes, que se hacen querer), gasten arrogancias y traten con indiferencia o con desprecio. Casi en su totalidad arribaron al país en la miseria o a empleos sin importancia. Es verdad que, mediante el trabajo y el ahorro, muchos logran adquirir fortuna; pero en vez de agradecer la oportunidad que tuvieron en esta tierra generosa y tradicionalmente hospitalaria, se muestran hoscos con los nacionales y, lo que es peor todavía, les aconsejan a sus hijos que hagan lo mismo. El General Augusto César Sandino, con su determinación y su coraje, les inyectó dignidad humana a los nicaragüenses; les mostró que ningún extranjero -por rico que sea- es superior a un nicaragüense, que nació y está en su propia Patria; y que, si en nuestro país se les recibe con buena voluntad y no se les pone obstáculos para que mejoren su vida, ello no autoriza para que se imaginen que estamos obligados a disimularles o aceptarles su mala crianza o sus insolencias. Por manera que si faltas tuvo el General Sandino -y, posiblemente, muchas-, en cambio, aquel rústico soldado liberal tenía un elevado concepto de la dignidad ciudadana y del honor de su Patria, y le dejó a sus coterráneos una preciosa lección de positiva envergadura cívica, de justo decoro y de amor propio, que Dios ha de querer que tenga acerada consistencia en la conciencia de la presente y en las generaciones del porvenir.

